

Sumar o multiplicar, las claves de la colaboración docente

Por Raúl Antonio Álvarez Velázquez

Seamos claros. Querer hablar de multidisciplinariedad o interdisciplinariedad como un proceso natural para abordar de manera integral el conocimiento de algo es tan arbitrario como lo ha sido la visión tradicional de segmentar ese mismo conocimiento. ¿Qué es lo que se busca? ¿Formar personas críticas a partir de actividades no articuladas de distintas disciplinas? Me parece que se está forzando, en aras de lo holístico, la conexión de contenidos, procesos de desarrollo de aprendizaje o ejes articuladores. Bajo la cobertura de las problemáticas y su problematización se están anidando una serie de prácticas que lo único que hacen es mantener activos a los docentes y a los alumnos. Pienso que lo que hacemos es sumar y sumar esfuerzos, lo cual está muy bien. Pero potenciar el aprendizaje o territorializarlo supone una operación más compleja en la que uno o dos elementos se vinculan con el contexto escolar para multiplicar sus alcances.

Cerrar el conocimiento a la escuela o abrirlo hacia la comunidad es una primera decisión clave, pero insuficiente. Pensemos en todos los saberes generados en distintos espacios comunitarios; tienen múltiples aplicaciones y obedecen a una lógica práctica del día a día. ¿Qué aportaciones se pueden generar desde las aulas para que ese conocimiento sea socializado? ¿Una muestra, un festival, un bailable? Creo que no nos hemos dado cuenta: somos un colectivo que trabaja para sí mismo. Generamos experiencias en nuestros alumnos, cuando quizás sea más importante generar en ellos una visión solidaria, insatisfecha, que duda del “orden natural de las cosas”. Pero esto será posible en la medida en que se generen espacios de colaboración y de toma de decisiones en el que participen no sólo docentes, sino también padres de familia y otros agentes educativos, para orientar el trabajo didáctico a fin de analizar problemáticas comunes, que por ahora escapan a nuestro interés, y, con base en ello, elaborar proyectos no digamos transdisciplinares, sino

aptos para interpretar mejor la realidad social o transformarla. Poner al centro a la comunidad significa multiplicar los alcances del trabajo colaborativo docente.

Mucho se ha comentado, desde el inicio de la NEM, que el conocimiento no puede ser considerado como un ente fragmentado en disciplinas. Por el contrario, la ruta sugerida es complementar una con otra para tener una comprensión integral de las cosas. Esto hace suponer que bastaría con relacionar contenidos de distintas disciplinas que aborden temas más o menos similares, dentro de un campo formativo o entre dos o más de ellos, para poder conformar un trabajo colaborativo. De hecho, así se ha venido haciendo en algunas escuelas. Pero el núcleo de este ejercicio no ha sido ni es la realidad o una problemática de la comunidad, sino contenidos del Programa sintético, alejado de ella. En otras palabras, se han entrelazado contenidos, generando un mapa temático, con la idea de analizar o intentar resolver alguna problemática de la comunidad; cuando el sentido es a la inversa, hay que partir de un aspecto de la realidad y, con el apoyo de los contenidos, se le analiza desde distintas disciplinas. En el entendido de que los contenidos y los Procesos de Desarrollo de Aprendizaje (PDA) son un medio para problematizar la realidad y no un fin en sí mismos.

Es de esperarse que con la apertura de cada disciplina o campo formativo para trabajar en colaboración surjan inquietudes o intereses comunes, detectados en los alumnos o la comunidad, que sirvan como núcleo para conformar a su alrededor un proyecto transdisciplinario. Pero, repito, es necesario primero quitar las barreras que nos separan, no hacia adentro sino hacia afuera, y empezar a construir situaciones didácticas con un enfoque integral de a deberás.